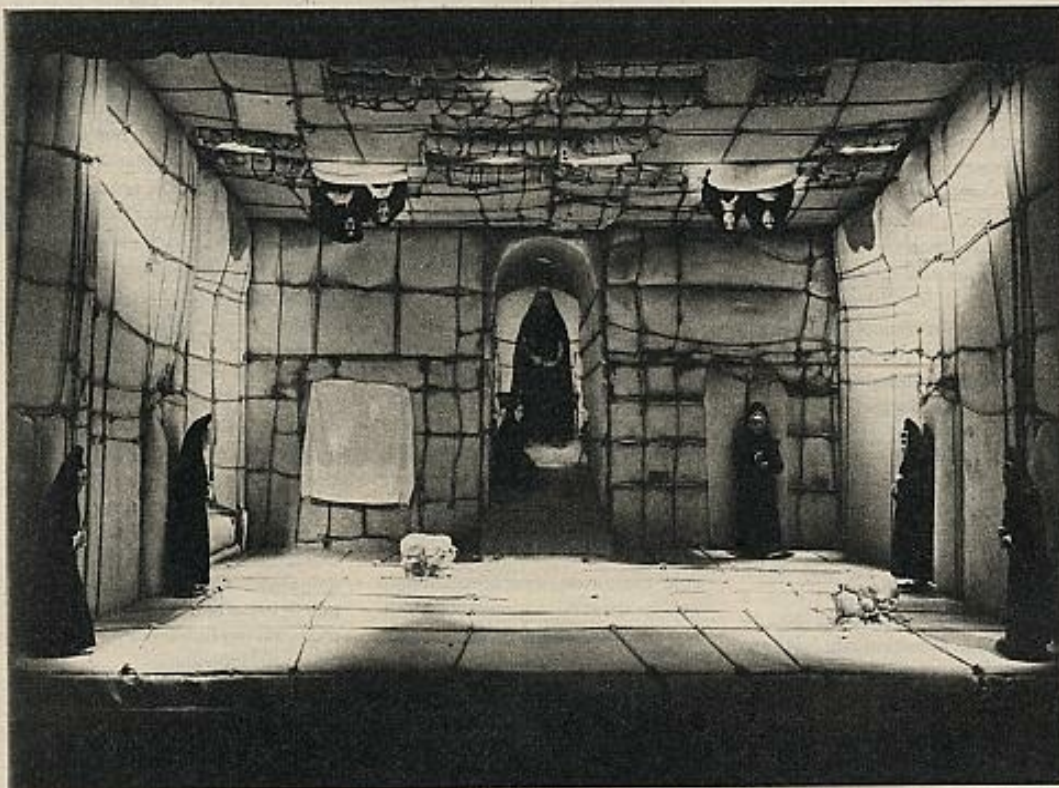


ANÁLISIS DEL TRAVESTISMO

DR. ORTEGA

El travestismo se ha extendido como espectáculo hasta el punto de constituir el número fuerte en muchas salas de fiestas. Puede analizarse el fenómeno en sus dos planos: el del travestismo en sí, como una "variante" sexual, y el del travestismo como espectáculo que "se ofrece y se acepta", porque, como veremos, son dos problemas diferentes. El vestido cumple una doble función en la especie humana, física y cultural. Física como protector del cuerpo, supliendo la insuficiencia de la piel o de los mecanismos de regulación de la temperatura corporal ante los agentes externos como el frío, el calor, los rasguños, etcétera, dado que el hombre elige, o acepta, o se ve obligado a vivir en condiciones adversas. Esta debería ser su función principal. No lo es. Es una función secundaria, o puede decirse que "fue" una función primordial, pero que dejó de serlo cediendo la primacía al complejo mundo de las funciones culturales. En los animales cubiertos de piel o pluma su "vestido" cumple también las dos



En la versión de Angel Facio de la obra de Lorca, "La casa de Bernarda Alba", el papel fue encomendado a un actor, Ismael Merlo.



funciones. La cultural se concreta al servicio de la estimulación sexual o de la defensa del territorio. En el hombre se sacrifica la utilidad ante el frío o el calor supeditándola al concepto cultural, históricamente variable, de "la moda", que tiene su razón de ser. La función cultural se pone al servicio de diversos objetivos diferenciadores y de una manera especial al objetivo diferenciador del sexo, funcionando el vestido también como estímulo sexual. Se pospone el factor utilidad. Las solapas de las chaquetas dejan al descubierto la zona vulnerable del pecho, la tráquea. Los africanos adoptan como símbolo de su liberación colonial los vistosos y abrigados uniformes adecuados a la niebla inglesa, no al fuerte calor de sus tierras. Las mujeres vivieron durante décadas ahogadas en los corsés, sólo para acentuar sus caracteres sexuales secundarios. El hombre se aprieta al cuello su inútil, pero vistosa y fállica corbata. Esta función cultural puede analizarse por sexos, profesiones, edades, clases sociales, incluso posición social dentro de la clase, etcétera. En esta cualidad diferenciadora aparece la uniformación de grupos —militares,

sacerdotes, etcétera— como un "factor igualitario" de los individuos que componen el grupo, y por ello resulta también diferenciador del grupo de los restantes grupos que conforman el ámbito social y que no están uniformados.

La diferenciación sexual del vestido, que quizá estuviese condicionada al principio por factores anatómofisiológicos, y de la actividad preferentemente ejercida por cada sexo, como la caza, la lucha, etcétera, ha atravesado por fases de radicalización. Es decir: las diferencias entre ambos sexos han sido mínimas en algunas épocas de la Historia de la Humanidad y máximas en otras. En general, la máxima radicalización que se sepa ha ocurrido después de la Edad Media. Fue poco manifiesta hasta la decadencia del Imperio Romano, momento en el que surge la cobertura de las piernas en el varón como costumbre importada por las tribus centroeuropeas, que en aquel momento cumplían su expansión. Había nacido el pantalón. Esta prenda introduce una radicalización diferenciadora durante siglos, junto a otras categorías del vestido, como la mayor o menor suavidad

ANÁLISIS DEL TRAVESTISMO

de las telas o su mayor o menor colorido. No es una diferenciación que se observe permanentemente: el hombre, en algunas épocas, sobre todo en clases sociales altas, adopta aditamentos femeninos, como la peluca, las telas vistosas y suaves o las medias finas y el tacón alto. Realiza así una especie de travestismo que sin duda tuvo también sus razones desde el punto de vista de su carácter de estímulo sexual. En resumen: la sociedad tiende a veces a la radical diferenciación de los sexos en su aspecto externo, y a veces descuida esta diferenciación entre lo propiamente masculino y femenino. Femenidad y masculinidad que son, es obvio, concreciones culturales sobreañadidas a la pura biología, que es mucho más igualitaria si se exceptúa la concreta diferencia anatómica entre los respectivos órganos sexuales. Lo que psíquicamente caracteriza al hombre y a la mujer no es más que la consecuencia de un troquelado cultural, minucioso y sistemáticamente seguido, que se inicia desde el nacimiento —el rosa de las niñas, el azul de los niños—. Romper con esta serie de convencionalismos, es decir, el hombre que se atreve a entrar en el "campo establecido" de lo femenino, o la mujer que entra en el "campo" del varón, supone la condena de la sociedad en la forma como la sociedad condena las trasgresiones, es decir, con el aislamiento.

Dentro del plano sexual, el vestido es, en principio, un estímulo sexual de primera categoría. Ya dijimos que esto ocurre en todas las especies de animales dotadas de cubierta externa. Es un estímulo óptico y, en grado menor, táctil. La importancia de las percepciones está en relación con el campo perceptivo de los diversos órganos de los sentidos. Son variables en rapidez de percepción, amplitud de campo, etcétera, con lo que se conforma así la distinta categoría estimulante de la vista, del oído, el olfato, el tacto o el gusto. Se puede decir que el vestido se ha supeditado siempre a su función estimulante sexual por lo que respecta a la mujer, alejándose de cualquier funcionalidad, al menos hasta épocas recientes. Esta especie de "eficacia estimulante" era aceptada por la mujer, al menos tanto como podía ser impuesta por el macho. Anotemos que en los demás vertebrados la hembra es naturalmente "amorfa" y es el macho el que destaca en su vistosidad, como si fuera él el encargado de emitir unos necesarios estímulos sexuales para la pro-

gresión de la especie. Entre nosotros, el "hombre elegante" es el que viste con un discreto amorfismo de grises, y es la hembra la encargada de emitir estímulos sexuales visuales, olfativos, etcétera.

Pero volvamos al pantalón: se convierte durante décadas en una prenda esencialmente masculina y luego, ya recientemente, pasa a ser de uso común en la mujer. Al principio hubo una oposición absoluta, radical, a que se extendiese su uso, sobre todo por parte de los estamentos religiosos y las mentalidades más influidas por ellos. Hasta hace poco tiempo estaba prohibida la entrada en las iglesias a las mujeres que fueran con pantalón. Ahora bien: ver en la generalización del uso del pantalón por la mujer una prueba más de su independencia quizá nos deje en las fronteras del fenómeno, porque también es indiscutible la cualidad del pantalón como "estímulo erótico". Así se explica que, inconscientemente por supuesto, provocase el insistente rechazo del estamento religioso, y no porque vieran en él una especie de intromisión de la mujer en el coto masculino, sino precisamente por su carácter estimulante. Todo ello fue, en definitiva, una especie de travestismo menor en su comienzo. Digamos que el hombre acepta muy mal el que la mujer se vista de hombre y tolera que el hombre se vista de mujer, aunque

por la mujer, con matices de represión neurótica puesta en marcha al aflorar al yo del hombre sus impulsos bisexuales reprimidos.

Esto nos lleva, junto con la radicalización "cíclica" de los estímulos sexuales diferenciales por medio de la "moda" —falda corta, falda larga, túnica, pantalón, etcétera—, a hacernos una pregunta obvia: si no es que en el fondo se produce en el hombre, también cíclicamente, una cierta apatía sexual como fenómeno a nivel de grupos y de individuos, y que la mujer lo que hace no es más que reaccionar instintivamente acrecentando, renovando su capacidad estimuladora con el único fin de vencer esa apatía. Por supuesto, la mujer "tolera" la estimulación del "hombre-individuo", aunque no sea ella misma quien provoque dicha estimulación. Se aprecia, por ejemplo, en el fenómeno del travestismo-espectáculo que estamos comentando o, por poner un ejemplo, en el auge de las revistas dedicadas al hombre, que contrasta con la inexistencia o el fracaso económico de las revistas estimulantes de la mujer, como si en definitiva, inconscientemente, lo que le importa a la mujer es la estimulación del hombre a nivel de especie, no individual.

Mirar supone una gratificación instintiva. Utilizamos la vista para localizar en el espacio el objeto deseado o el que puede poner en pel-

vas, como ocurría con los tobillos. Puede ya anotarse que la mujer mira menos, tiene menos interés en ver al varón —¿existen mujeres voyeuristas?—, y esto ocurriría, además de por la razones expuestas más arriba sobre los estímulos —necesita menos de la estimulación—, porque, quizá, ya "lo ha visto todo". En la vida de toda mujer hay un momento en el que se percibe de su condición al compararse con el hombre. El hombre tiene un "algo" más que ella, su pene, y ella carece de un "algo" esencial para el hombre. Al asumir la niña esta evidencia se presiente "macho/castado", y este sentimiento no va a superarlo hasta su maduración psíquica, si accede a ella. En este caso, lo que ocurría es que la mujer no quiere repetir su primera experiencia frustrante, ligada al conocimiento visual del hombre, para que no despierte en ella un oscuro sentimiento ya olvidado.

El travestismo puede tener dos aspectos: puede ser un fenómeno "asexual", como en el caso de Juana de Arco (o mejor dicho, parasexual), el de George Sand o el del Caballero de Eón. Juana de Arco se investía de presuntas cualidades viriles al ponerse ropas de soldado, como el valor, la resistencia, etcétera. Es un fenómeno común dentro del ámbito del pensamiento mágico: también los niños, cuando introyectar a su primer y fabuloso



En "Madrid... pecado mortal", el travestido aparece con el mismo carácter que en el "music-hall" o el cabaret.

sea en el juego escénico y aunque ello entrañe una conversión del estímulo sexual. O en términos más concretos: si la mujer que se traveste de hombre atrae más al hombre, lo que está haciendo es que se inclina en él la balanza de su bisexualidad primigenia hacia el polo reprimido de su homosexualidad. Porque todo ser es en principio bisexual, y sólo más adelante, en la evolución, se concreta la tendencia hacia un polo y se inhibe la tendencia opuesta. Así, todo hombre es un homosexual que se ignora o se acepta, y toda mujer también. Y, en lo que se sabe, también los demás vertebrados. Esto explica más aún el airado rechazo que ha tenido la generalización del uso del pantalón

gro nuestra integridad física y del que tendremos que huir. Y, en el terreno en el que nos estamos moviendo, da lugar a la escopofilia o voyeurismo, como es sabido. Hay en la mirada un cierto "placer estético" que difícilmente puede ser aislado de cualquier impregnación sexual. El hombre mira —absorto el cuerpo de la mujer, nuevo y eterno, eternamente renovado. Se siente subyugado por su contorno, por su sexo. Quizá trate de percibir, oscuramente, el dato o la señal mediante la cual pueda presentir su instinto la posibilidad de un orgasmo mutuo y simultáneo. Cuando la mujer encubre su cuerpo, sabe que las zonas descubiertas se convierten forzosamente en más expresi-

enemigo —su padre— se ponen sus ropas para igualarle ("soy igual a ti, por lo tanto, no seas mi enemigo"). El Caballero de Eón actuó como espía en la corte de la Zarina Isabel fingiéndose "lectora" de francés, aunque aparte de este travestismo por razón de Estado, parece que también practicó un travestismo, digamos, inútil, con cierta constancia y por pura complacencia.

El otro aspecto del travestismo, el sexual, tiene sin duda mucha más importancia. No voy a entrar en detalles que pueden encontrarse en cualquier manual de sexología o de psiquiatría en el capítulo que dediquen a las otras formas expresivas de la sexualidad. Lo que sí hay que destacar es la diferencia que

hay entre el travestismo que se ejerce por propia satisfacción —el hombre o la mujer que no pueden acceder al orgasmo si no es poniéndose ropas del otro sexo, o de una determinada persona del otro sexo—, del travestismo ejercido o convertido en espectáculo. Porque en este caso, el travestista se convierte en estímulo sexual que se ofrece al espectador para su excitación. Es decir, es menos importante, ahora, comprender o explicar lo que le ocurre al hombre o a la mujer que se ponen las ropas de sexo contrario, como el hecho de su conversión en espectáculo y como tal buscado, lo que da lugar a lo que podría definirse como la "escopofilia del travesti". Y de nuevo surge una diferencia entre los dos sexos: la mujer es indiferente al problema. Que yo sepa, no hay un espectáculo donde una mujer travestida de hombre actúe como hombre y acudan a verla masivamente las mujeres. Se puede argüir que la mujer está más inhibida, que en ella los tabúes culturales son más rígidos —lo que es cierto— y que, por lo tanto, no puede manifestarse públicamente como el hombre. Pero es que la mujer ahora, ya, ha tomado conciencia del carácter necesario de su orgasmo —consulta incluso por ello, lo que era impensable hace poco tiempo— y sabe que puede separar mediante recursos técnicos su doble condición de reproductora y orgásmica, con lo que ha roto tantos otros tabúes. Resulta más coherente pensar que si la mujer no responde a este fenómeno como el hombre es porque para ella no supone una incitación —no la condiciona ninguna respuesta psíquica— y que, por lo tanto, la es indiferente. O no necesita ese tipo de estimulaciones.

Concedamos, pues, que es el hombre quien acude interesado al travestismo-espectáculo. Si dice que va porque "le divierte como parodia", es que trata de quedarse en la superficie del problema. Lo que caracteriza la superficialidad en cualquier análisis es o una insuficiencia de datos —la ignorancia— o el rechazo, consciente o inconsciente, de los datos evidentes, rechazo que por supuesto le protege de enfrentarse con su propia problemática interna. Nadie es más reacio a aceptar cualquier interpretación analítica que el que presiente que con dicha interpretación se van a remover los posos de su inconsciente reprimido. Si el espectador se "divierte", es porque se siente gratificado instintiva, oscuramente. Cuando el espectáculo es frustrante, no divierte a nadie. Claro, que es distinto contemplar ingenuamente a un "travesti" sin saber que se trata de un hombre, sin en-



"Las arrecogidas del beaterio de Santa María Egipcíaca", de Martín Recuerda: las monjas eran encarnadas también por hombres.

trar en el juego y aunque se reciban y se reconozcan los estímulos que emanan de él, que ir intencionadamente a verlo, ya que en este caso el espectador se "abandona" conscientemente a la "diversión" gratificante. Acepta el estímulo sexual que emana del travestismo y se siente o no traumatizado por la respuesta psíquica provocada.

Se debe señalar ya que el estímulo emanado del "travesti" es inequívocamente homosexual. O para decirlo más concretamente: es un estímulo que "libera" la tendencia homosexual reprimida que subyace en el inconsciente del espectador, a partir de su bisexualidad primigenia. Más concretamente: es la única forma aceptada socialmente, tolerada socialmente, de que pueda liberar su tendencia homosexual dormida, asumiendo el papel de espectador de un hombre que le está enviando estímulos femeninos, con la plena conciencia de que lo que hay allí es, en realidad, una anatomía de hombre, aunque resulta ser excitante a partir de estímulos femeninos.

Es evidente que la consecuencia obligada de cuarenta años de miseria sexual cuidadosamente programada habrá de ser, más pronto o más tarde, el "estallido" de la sexualidad. No es extraño que la sociedad, liberada, explore todos los campos posibles. Decir que después del estallido liberalizador del sexo se produce un agotamiento de los estímulos y que estos necesitan ser renovados es un tema que pue-

de ampliarse y que confirma lo que se dijo más arriba sobre la moda, etcétera. Por lo demás, los estímulos se renuevan continuamente en el campo sexual como en los demás campos instintivos. Cuando no hay nada que lo dificulte o lo impida, un instinto resurge siempre de sus propias cenizas. La vida es una cadena de deseos, satisfechos o reprimidos. Pasa lo mismo que con la nutrición: poder comer con frecuencia y efectivamente no mata el hambre; lo transforma en apetito, que es una especie de culturización del hambre. Es más coherente pensar que si un hombre acepta la estimulación sexual de otro hombre y se recrea en ella, con conciencia de la realidad del juego, y sabiendo además que está percibiendo unos estímulos condicionados —culturalmente— como del otro sexo, pero con la variante radical, inerudible, de que se trata en realidad de un individuo de su propio sexo, es porque está jugando también con su propia tendencia bisexual reprimida. Y se complace en ello porque la otra realidad, la de la contemplación de la mujer total, con su mímica expresiva y su anatomía genital, le produce una cierta desazón.

Llegamos así a la conclusión de que por parte del hombre hay una especie de miedo a la mujer total, que se manifiesta como complacencia por el travestismo-espectáculo. La contemplación del "travesti" libera al hombre de ese miedo a la mujer, ya que "la" que está contemplando no es, en realidad,

mujer, sino hombre. El hombre acepta la estimulación "femenina" sabiendo que es intrascendente, que no le va a conducir a la problemática de su "posesión". Apunto la idea de que quizá se trate del temor a la superioridad biológica de la mujer. Se trataría de la inseguridad sexual del varón, que moviliza las tendencias homosexuales latentes. El hombre, durante siglos, ha tratado de "usar" de la mujer reduciéndola a la simple condición de receptáculo pasivo de su semen, a cambio de obtener él sólo una satisfacción orgásmica rutinaria y superficial, insatisfactoria y a la larga destructiva. Es ahora cuando la mujer está tomando —otra vez o por primera vez?— conciencia de su fuerza biológica real y de que es necesario para ella, para su equilibrio psíquico y su bienestar físico, el orgasmo, y de que se ha ido tramando a su alrededor una especie de institucionalización del sexo para constreñirla, para dominarla mejor. Las medidas de esta institucionalización han ido desde la mixtura del sexo con la propiedad hasta la sacralización del acto sexual, creando normas y pautas de conducta rígidas con el fin de colocar a la mujer dentro de unos determinados límites y condicionamientos, entre los que ha entrado el de que no debe tener "exigencias" que pongan en duda la capacidad orgásmica del varón. Al irse liberando la mujer de estos condicionamientos, plantea nuevas exigencias al hombre, que intuye, confusamente, la dificultad de adaptarse a una nueva situación y se desazona. No se puede decir que la difusión de los remedios técnicos anticonceptivos haya sido el motor de la liberación sexual de la mujer total, ya que han existido siempre, sino exactamente lo contrario: que el cambio de mentalidad de la mujer ha hecho posible la difusión de la anticoncepción. Está demostrado que en algunas especies animales hay fases de esterilidad de la hembra si las condiciones territoriales y de supervivencia lo exigen. La mujer ha perdido o ha olvidado este control psíquico de su capacidad reproductora que deja intacta la capacidad orgásmica. También habíamos olvidado el control del dolor, como lo demuestra la acupuntura.

La superación del miedo del varón hacia la supuesta superioridad sexual de la mujer sólo puede basarse en la relación armónica de la pareja, armonía física y afectiva, que conduzca a una relación —estable o temporal— no basada en otro tipo de pactos sociales, que lo único que han conseguido ha sido encubrir las relaciones de dominio y sumisión, con su sadomasoquismo moral, o, incluso, favorecerlas.

■ DR. O.